OPINIÓN

NVIDIA: ¿cambió el empaque o seguimos comprando milagros?

Por Ilich Paz Radillo · 16 de noviembre de 2026 · 7 min de lectura



- *Hay promesas que envejecen mal y otras que simplemente cambian de dueño. Lo curioso es la facilidad con la que volvemos a entusiasmarnos, como si nunca hubiéramos escuchado algo parecido*

De los productos milagro a los hombres milagro

Mucho antes de que Silicon Valley nos enseñara a decir *startup, fintech, pitch* o unicornio, en México ya conocíamos una promesa irresistible: estrenar automóvil sin tener que pagarlo completo. Se llamaba PubliXIII y ofrecía que la publicidad colocada sobre la carrocería cubriera las mensualidades.

Era el sueño de cualquier automovilista: que el coche se pagara solo; pero tenía algo en común con los productos milagro: vender la posibilidad de conseguirlo todo sin pasar por la parte difícil.

Ahora las promesas vienen acompañadas de inteligencia artificial y empresarios que aseguran tener el futuro en las manos. Lo curioso es que dejamos de comprar solamente el producto. También compramos al personaje. Su fortuna parece demostrar que tiene razón. Y los medios, hay que decirlo, pusimos bastante de nuestra parte.

El *daddy* de los procesadores

Ahí está Jensen Huang, fundador de NVIDIA, con su cabello plateado, su chamarra de cuero y ese aire de *daddy* tecnológico que parece saber algo que los demás ignoramos.

Entre que atraviesa una historia digna de una entrega más de James Bond al involucrar romance, traiciones, secretos informáticos y sospechas de espionaje, a muchos se les pasa el dato de que sus chips son parte de la disputa entre Estados Unidos y China. Mientras el mundo celebraba hace meses cuánto valía la empresa en Wall Street, los gobiernos discutían cómo evitar una dependencia tecnológica peligrosa que ponga en riesgo la seguridad global.

Una cosa es admirar una innovación extraordinaria. Otra, confiarle el futuro a quien la vende.

Cuando el conocimiento prometía ser de todos

Todo esto viene a colación pues al recordar cuando cubría ciencia, tecnología e innovación y la expresión Sociedad del Conocimiento aparecía por todas partes. Internet abriría las puertas del saber, la tecnología reduciría desigualdades y cualquiera con una buena idea podría competir con los gigantes.

En aquella época iba a encuentros como incMTY, del Tecnológico de Monterrey. Escuché a directivos de Intel e IBM, fundadores de startups y especialistas que prometían revolucionar las finanzas mediante las famosas *fintech*. Había escenarios espectaculares, empresarios jovencísimos y proyectos destinados, según sus creadores, a transformar nuestras vidas.

Escuchaba intrigado pues una pregunta no me dejaba en paz: ¿cómo demonios van a ganar dinero con eso?

Algunas ideas eran brillantes. Otras parecían necesitar inversionistas eternamente dispuestos a poner más dinero. Sin embargo, bastaba anunciar una ronda de financiamiento para merecer un titular.

La promesa era democratizar el conocimiento. Sin darnos cuenta, comenzamos a prestar más atención a quién se hacía millonario gracias a él. Y me incluyo; era parte de mi trabajo.

El futuro se transmitía en vivo

Luego llegó Elon Musk y aquello se volvió un espectáculo de tiempo completo. Había una urgencia por transmitir en tiempo real los lanzamientos de SpaceX. Si el cohete despegaba, era noticia. Si aterrizaba, también. Y si explotaba, ni se diga.

Después estaban los Tesla, los autos que prometían manejarse solos y, por supuesto, Marte. Tampoco era puro cuento: SpaceX reutilizó cohetes, Starlink amplió el internet satelital y Tesla ayudó a popularizar los vehículos eléctricos.

Pero había otras preguntas sobre los productos de Tesla que no recibían la misma atención. Los sistemas de asistencia a la conducción de Tesla han sido investigados en Estados Unidos tras accidentes, algunos mortales. Eso no significa que el software haya causado cada siniestro; significa que hay responsabilidades y límites que debemos explicar.

Entonces, ¿cuántas veces seguimos esas investigaciones con el mismo entusiasmo que un lanzamiento espacial? Y es que, nos urgía anunciar el futuro. Sus consecuencias podían esperar.

Basia no tiene ninguna prisa

Todo esto me hace Pensar en IA: Más que humano, exposición que hoy en día se puede disfrutar en el Museo Franz Mayer, y donde encontré algo que me hizo pensar en nuestra obsesión por la velocidad. Basia, un robot aprendiz de pintor vinculado a la artista Agnieszka Pilat, pinta despacio. **Desesperadamente** despacio.

Durante mi visita al museo para realizar una nota, Ana Carolina Abad, coordinadora de la muestra, me contó que algunos visitantes se impacientan. Esperan una obra en segundos y no entienden por qué la máquina tarda tanto.

Me hizo gracia. Llevamos años esperando que las máquinas nos ahorren tiempo y, cuando una decide tomárselo, creemos que está fallando.

La fábrica de los genios

Esa fascinación también se instaló en las redacciones. Programas como Fractal, de Foro TV, acercaron las novedades tecnológicas al público. Yo participaba en una emisión por el estilo que se transmitía por la web, como parte del programa de apoyo a publicaciones divulgadoras de ciencia del entonces Conacyt. Había mucho que contar, pero creo que prácticamente todo el ecosistema mediático del tema cayó en el mismo vicio: dejar de explicar la innovación y comenzar a rendirle culto a quien la vende.

Y esa es una manía que persiste en los medios mexicanos: convertir a los empresarios tecnológicos en visionarios, entre cifras millonarias y promesas de revolucionar nuestras vidas. Cuántas portadas no nos encontramos en los estantes de revistas en las que se le pone rostro y nombre al futuro, pero nos cuesta explicar quién lo controla, o cómo pueda sostenerse su modelo de negocio.

Ahí está WeWork, que prometió reinventar las oficinas y terminó solicitando protección por bancarrota en 2023. Entonces llegó otra historia irresistible: cómo se vino abajo aquel visionario que tantos habían admirado.

Primero vendimos al genio. Después, su caída. Dos espectáculos por el precio de uno. De nueva cuenta, ahí está PubliXIII.

Siempre lo supimos. Pero después.

En este contexto, algo que me sigue incomodando es esa facilidad con la que periodistas, comentaristas y directivos cambian de discurso cuando cambia la suerte del empresario.

Ayer nos explicaban por qué era un genio. Hoy hablan como si siempre hubieran sospechado que algo andaba mal. ¿Qué información apareció? ¿O simplemente dejó de ser rentable admirarlo?

Siempre lo supimos. Pero solamente después de que ocurrió.

Ya sea en la esfera privada o la pública, el periodismo debería tener memoria, no solamente archivo.

Lo que dejamos fuera de cuadro

¿Cuántos desastres o caídas estrepitosas hemos presenciado en las últimas dos deçadas al dejar fuera de la ecuación preguntas menos espectaculares que un vehículo volador, pero bastante más útiles. ¿Quién puede pagarlas? ¿Quién se beneficia? ¿Quién queda fuera?

Vuelvo a Basia, en el Franz Mayer. Mientras algunos visitantes esperan impacientes su pintura, recuerdo los encuentros de innovación, las promesas, los lanzamientos y los empresarios a quienes atribuimos poderes casi sobrenaturales, aunque realmente son pocos los que lograron llegar a la etapa de transferencia de conocimiento o aterrizar en algo de verdadera utilidad.

Los periodistas también participamos en la venta de esos milagros. No se trata de arrepentirnos por contar avances reales, sino de preguntarnos por qué dejamos de hacer preguntas justo cuando más entusiasmo había.

Mientras tanto, Basia sigue pintando. No tiene prisa por demostrar que cambiará el mundo. Quizá deberíamos aprender algo de ella: el futuro no necesita periodistas que adivinen quién será el próximo genio. Necesita periodistas que sigan preguntando cuando las cámaras, los inversionistas y los aplausos ya se fueron.

Por mientras, ya veremos cómo transcurre la telenovela del señor Huang y su NVIDIA, que por el momento causa muy poca envidia.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/nvidia-cambio-el-empaque-o-seguimos-comprando-milagros
Descargado el 21 de noviembre de 2026.